

grada á las capitales de los Estados y Territorios, y la cuarta á los principales ferrocarriles que ponen á México en comunicación directa y rápida con los grandes centros de población norte-americana.

En tal concepto, este libro es el primero de su índole y plan que ve la luz pública. Se han escrito algunas descripciones de determinadas localidades; pero además de que ellas son trucas, por ser anteriores á los progresos alcanzados en los últimos veinte años que han transformado en gran parte la fisonomía de las ciudades, no existe aún obra que abrace el conjunto del país y lo presente en toda su integridad y en un solo volumen.

Tal es nuestro libro: la amenidad unida á la instrucción, la estética á la ciencia, la variedad á la utilidad. Plácenos haber empleado nuestras energías en el desarrollo de un asunto que tiene por objeto una de las más hermosas porciones de la tierra, en que todo seduce y admira, y en que el observador más escéptico se ve obligado por las irresistibles gravitaciones de lo bello y lo grandioso, á elevar sus miradas buscando la primera causa.



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.

DESDE LAS PRIMERAS INMIGRACIONES HASTA LA DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO TOLTECA.

MÉXICO es un país que ha sido habitado desde remota antigüedad. Consultando los Códices ó pinturas históricas de los indígenas, los monumentos y las tradiciones, se sabe que los primeros pobladores vinieron por el Norte de América, procedentes de Chicomostoc (siete cuevas); pero los mayores esfuerzos de los sabios Americanistas no han bastado para definir la geografía de ese lugar, ni siquiera para esclarecer si se trata realmente de un punto geográfico ó si la palabra *Chicomostoc* es el nombre figurado de las primeras familias que emprendieron las peregrinaciones hacia el actual territorio mexicano.

La índole de este libro no permite entrar en discusiones cuyo término está aún muy lejano. Ateniéndonos, pues, á lo definitivamente averiguado, diremos que la civilización más antigua y avanzada que existió en el país y en el continente, es la de los mayas, que los castellanos encontraron habitando la península yucateca. Los mayas poseían la escritura fonética, lo cual da ya la medida de su elevada cultura, y dejaron un manuscrito histórico que tradujo el Sr. D. Pío Pérez, y que han comentado y explicado muchos historiadores, entre ellos el eminente Orozco y Berra y el Obispo de Yucatán (ambos de México) D. Crescencio Carrillo y Ancona, notablemente sabio en la historia de la península. Harmonizando, pues, las doctrinas de esos eruditos y aprovechando la última palabra de la ciencia á ese respecto, diremos en sinopsis que los mayas partieron de un país boreal llamado Tulapan, emprendiendo su viaje en el octavo Ajau, ¹ que corresponde al año 793, antes de Jesucristo. Caminaron noventa y seis años, esto es, durante los Ajau octavo, sexto, cuarto y segundo, y en el primer año del décimo-tercero llegaron á Chacnovitan, ó sea la península yucateca (697 años antes de Jesucristo), trayendo como jefe á Holonchantepeuj. El año 409 (antes de Jesucristo) llegó una segunda peregrinación al mando de Ahmekat Tutulxiu, que descubrió la provincia de Ziyán-Caan-Bak-halal, ó sea Bacalar, en donde establecieron su reino. Vino la primera de esas peregrinaciones por el Occidente de la península, y la segunda por las costas orientales. Estas multitu-

¹ Ajau, ciclo ó período de veinticuatro años en la cronología de los mayas.

des, pertenecientes á una misma raza, fundaron tres monarquías en la región boreal de Yucatán: la de Chichen-Ytza, la de Uxmal y la de Mayapan, las cuales vivieron en perfecta armonía durante varios siglos. Entretanto, la civilización maya, á favor de la paz, se desarrollaba en gran manera, con especialidad en lo referente á las artes arquitectónicas. Una escuela respetable sostiene que en el apogeo de su cultura, los mayas hicieron un movimiento retrospectivo hacia el Norte, llegando en caudalosa peregrinación hasta Tula, donde civilizaron á las gentes radicadas ahí, y que se conocen en la historia con el nombre de toltecas, las más antiguas y cultas de que se tiene memoria en la Mesa Central, y antecesores de los chichimecas y mexicanos. ¿Qué motivos pudieron impulsar á los mayas á esa peregrinación al Anáhuac? Es perfectamente histórico que por los años 1080-1103, la paz reinante entre las relacionadas monarquías se turbó hondamente.

Hunac-eel, señor de Mayapan, declaró la guerra á Chacxib-chaac, señor de Chichen-Ytza, á quien venció y arrojó de la ciudad, y después combatió y derrotó á Ulmil, rey de Ytza.

Acaso estas derrotas y catástrofes políticas obligaron á una parte de los vencidos á buscar refugio en apartadas regiones, de cuya hermosura y fertilidad deben haber conservado recuerdo transmitido por sus mayores. Ardía en guerras civiles la península, cuando se presentó en ella un personaje célebre en la historia, filósofo y civilizador, llamado Kukulcan, y que no pocos sabios reputan por Quetzalcoatl, de quien hablaremos más adelante.

Kukulcan, quizás un misionero islandés, predicó una religión más culta que la antigua de los mayas, y dió nuevo rumbo á sus destinos, como pontífice y legislador.

A poco de muerto Kukulcan, comienza la decadencia de la civilización maya, á causa de frecuentes irrupciones de bárbaros. Fué la primera la de los vitzes, que cayeron sobre la ciudad de Mayapan; y poco después la tribu de los tutulxius, por el rumbo de Chiapas. Algunos años más tarde, el señor de Mayapan pretendió tiranizar á los reinos vecinos, y con el apoyo de las guarniciones de Tabasco y Xicalanco, emprendió la guerra, que fué asoladora. Los aliados tabasqueños quisieron imponerse después del triunfo, y entonces se unió la nación para pelear contra sus antiguos amigos los extranjeros.

Continuó una serie de guerras y adversas circunstancias que determinaron la decadencia de la civilización maya, hasta el extremo poco deslumbrador en que hallaron los castellanos.

Entretanto, otras expediciones de razas distintas de los mayas, si bien igualmente procedentes del Norte, se dirigían á la Mesa Central. La más renombrada y antigua es la tribu de los toltecas, que realizó durante muchos años una inmensa peregrinación, cuyo itinerario fué el siguiente: Llegaron primeramente á Tlapallanconco (lugar bermejo), y después de larga permanencia ahí, se dirigieron á Huixalan (junto al arenal); pasaron al cabo de poco tiempo á Xalixco (sobre el arenal), el actual Estado de ese nombre, y continuaron mediante permanencias, más ó menos

largas, por Chimalhuacán (á orillas del agua), Toxpan (sobre el conejo), Anáhuac (junto al agua), Zacatlán (junto al yerbazal), Totzapan (sobre el tuzal), Tepetla (serrania), Masapac (cerro del venado), Xiuhcoac (culebra azul), Ixtahuexatla (sauce-dal blanco), Tullantzinco (atrás de Tollán), actual ciudad de Tulancingo, en el Estado de Hidalgo, hasta llegar á Tollán (cerca del tular), donde establecieron definitivamente su imperio y morada.

La palabra *tolteca*, plural de *toltecatl*, y que significa *habitante del tular*, es moderna. El nombre primitivo de esa raza fué Hueitlapaneca. Históricamente, ó por antonomasia, *tolteca* significa *maestro en artes mecánicas*, pues los toltecas fueron en la Mesa Central la nación más inteligente. Los toltecas adoraban al sol, la luna, las estrellas y el fuego, y ofrecían sacrificios humanos. Su gobierno era monárquico absoluto. Fueron grandes agricultores, y perfeccionaron notablemente el cultivo del maíz, chile, frijol, legumbres y varias semillas. Tejían varios textiles, con especialidad el algodón, de que hacían mantas para vestirse. Tenían curtidores, alfareros, arquitectos y carpinteros, pintores y escritores; pero sus artistas más notables fueron los *amanteca*, ó fabricantes de mosaico de plumas, arte que llevaron á altura prodigiosa. Conocían y estimaban la perla, y labraban varias piedras preciosas. Descubrieron en el cerro Xiuhzone las turquesas, que llamaban *xihuitl*, y supieron trabajar el oro, la plata, el cobre, el plomo, oropel natural y otros metales, exceptuando el hierro. Trabajaron también el ámbar, el cristal de roca y el ametista. Conocieron las aplicaciones industriales y medicinales de muchas plantas, y dejaron recuerdos de su arquitectura, tan grandiosos como el *Huapalcalli*, en Tulancingo; el *Quetzalli*, en Tula; el templo de *Quetzalcoatl*, adornado de mosaicos de pluma, láminas de oro y piedras preciosas; las pirámides de Teotihuacán y otros muchos.

En ciencias, sobresalieron en astronomía y fueron los primeros en arreglar el tiempo por medio del movimiento de los astros; en artes, fueron notables como músicos, cantores, danzadores y oradores. Trajeron al Anáhuac la escritura jeroglífica; escribieron su historia, adelantaron mucho en urbanidad y cortesías sociales, detestaron la guerra, y hablaron el idioma *nahôa* ó *nahuatl*, llamado hoy lengua mexicana.

Procedentes siempre del Norte, llegaron otras varias tribus, de las cuales las más numerosas fueron las de los chichimecas (comedores de carne), gentes bárbaras y feroces, y la de los culhua, en un principio igualmente bárbaros, pero que bien pronto entraron por el sendero de la civilización. El primer sitio en que se establecieron fué Teoculhuacán, donde se constituyeron en monarquía, eligiendo por rey á Totepeuh; pasaron después á Tollantzinco, y por último, á Tollán. Después peregrinaron durante muchos años por Chapultepec, Texcoco y Otompa, población llamada actualmente Otumba.

Hacia el año 648 (año Tapatl), otras gentes numerosas y bárbaras vinieron en dirección al Sur. Los *mexi* (aztecas ó mexicanos); los *ocuilteca*, que se establecieron al otro lado de las montañas que coronan el Valle de México, en la ciudad de Ocuilla que fundaron; los *chololteca*, que se esparcieron por las llanuras de la actual Cholula; los *chalca* y *xochimilca*, que se radicaron en Chalco y Xochimilco, á la orilla de los la-

gos australes del Valle de México; los *huexotsinca*, que fundaron la ciudad de Huexotzingo, existente aún en el Estado de Puebla; los *tlahuica*, que se diseminaron por la tierra caliente y fundaron Cuauhnauc, capital de esa provincia, y los *matlalsinca*, que poblaron el Valle de Toluca, hoy Toluca, á pocas leguas de la capital. Es un error frecuente en las historias de México, afirmar que los toltecas fueron la familia más antigua de la Mesa Central. Lo fueron ciertamente como nación organizada y culta; pero otras gentes vinieron al mismo tiempo, y algunas les precedieron, si bien en estado de barbarie. Mencionaremos entre otras, los totonaca y los nonoalca. Todas estas tribus fueron estableciéndose y haciéndose más ó menos cultas, bajo la influencia moral de los toltecas.

Florece el imperio de éstos, cuando en el XIII Acatl (año 1011), comenzó la guerra civil entre ellos y los de Nextlalpan, propagándose la revolución hasta Quetzalapa, guerra cruelísima, que causó la ruina de ese imperio, en el año *ce tepatl* de la cronología indígena, que corresponde al de 1116 de la era cristiana, reinando Huemac, quien al contemplar la catástrofe de su nación se ahorcó.

He aquí brevemente expuesta la historia de aquel desastre inmensamente trascendental en los destinos del Anáhuac. En el año XII Calli (997 del cristianismo), un noble de Tollán, llamado Papantzin, inventó formar del *aguamiel* (zumo del maguey), un producto agradable, el *pulque*, y ufano de su descubrimiento, dispuso que le fuera ofrecido por manos de su hija Xóchitl á Tecpancaltzin, monarca reinante. Este, más que de la ofrenda, se enamoró de la portadora, mujer cuya belleza está indicada por su nombre, Xóchitl, que en lenguaje azteca quiere decir flor.

Valiéndose de incorrectos arbitrios, Tecpancaltzin hurtó á Xóchitl, en la cual tuvo un hijo llamado Meconetzin, y á quien más tarde declaró su sucesor en el trono. La circunstancia de coronar rey á un hijo bastardo, acto contrario á las leyes de la nación, indignó altamente á los poderosos señores de Xalixco, quienes levantaron un gran ejército, y á pesar de las proposiciones y aun ruegos del monarca tolteca, avanzaron hasta Tollán. En esta desesperada situación Tolpintzin, sucesor del monarca Tecpancaltzin, haciendo uso de un derecho de la guerra entre aquellas gentes, pidió á los de Xalixco diez años para organizar un ejército. Vencido el plazo, los toltecas formaron dos grandes ejércitos, uno al mando del general Huehuetenuxcatl, que cubrió la frontera de los tlahuica, y otro á las órdenes de Tolpintzin, que esperaba al enemigo en Tultitlán, lugar convenido para el combate. Las batallas, en las que tomaron parte hasta las mujeres, duraron tres años, al cabo de los cuales el ejército y la nación tolteca fueron destrozados y arrojados para siempre. Tolpintzin salvó la vida en una cueva de Xico, junto al actual Tlalmanalco, y huyó después hacia el Sur. La civilización tolteca se extendía en una superficie de cuatro mil kilómetros de largo por tres mil doscientos de ancho; pero el gobierno positivo del imperio, apenas traspasaba el Valle de México. Pocos toltecas quedaron en éste; la emigración hacia el Sur fué enorme, dejando sólo como imperecederos recuerdos de aquella gran nación, las inmensas ruinas de Teotihuacán, sus pirámides, las ruinas de Tula y la pirámide de Chololan.

CAPITULO II.

EL IMPERIO CHICHIMECA—PRINCIPALES TRIBUS
QUE POBLARON EL ANAHUAC.

DESPOBLADO el Anáhuac, en virtud de la destrucción y huida de los toltecas, vinieron á ocuparlo los *chichimecas*, procedentes también del Norte, como se ha dicho, de un lugar que designaban con el nombre de Amaquemecan. Los chichimecas, gente muy numerosa, eran mucho menos civilizados que sus antecesores, en la posesión de esas tierras. Su gobierno era monárquico, y la nación estaba dividida en nobles y plebeyos. Vivían en cabañas y no conocían á la sazón, ni la agricultura ni las artes, alimentándose de la caza y vistiendo pieles de animales. Su religión consistía en el culto del sol. Los chichimecas partieron de Amaquemecan, al mando de Xolotl, uno de los dos reyes que gobernaban toda la nación, y después de diez y ocho meses llegaron á Tula, abandonada, como se ha dicho, por los toltecas. Marcharon en seguida á Zempoala y Tepepolco, desde donde Xolotl envió á su hijo Nopaltzin, á reconocer el país. Nopaltzin subió á una de las eminencias que coronan el bellissimo Valle de México, y desde allí disparó cuatro flechas en la dirección de los cuatro puntos cardinales, como ceremonia de la toma de posesión de la tierra en nombre del señor de los chichimecas. Su primera residencia fué Tenayuca, á seis millas de México actual, desde donde organizó el rey la fundación de varias ciudades. En sus excursiones por distintas partes del Valle, los chichimecas encontraron algunas familias toltecas, especialmente en Chapultepec y Coyoahuacán, donde habian quedado rezagadas, y con las cuales establecieron relaciones íntimas y hasta conyugales, lo que les fué altamente provechoso, porque aprendieron de aquellas la agricultura, la metalurgia y varias industrias y artes, que fueron la base de su civilización.

Algún tiempo después de la fundación de Tenayuca, y de distribuidas las tierras y señoríos entre los súbditos de Xolotl, llegaron otras tribus algo numerosas, capitaneadas por seis personajes ó caudillos, quienes se presentaron al rey, le pidieron permiso para establecerse en sus dominios y le juraron vasallaje. Habían salido del Norte y de una región vecina á la antigua de los chichimecas. Pertenecían, pues, á una misma rama etnográfica. Xolotl accedió de buen grado á la solicitud de los recién venidos. Había ya trasladado el monarca su residencia á Texcoco, población más tarde rival de México en grandeza, y actualmente cabecera de un Distrito del Estado de México, cuando nuevas emigraciones se presentaron en la corte. Llegaron procedentes de Teocolhuacan, su patria, vecina igualmente de la primitiva de los chichimecas, y capitaneadas por Acolhuatzin, Chiconcuauhtli y Tzontecomatl, nobles de su nación, la más civilizada de cuantas habian emigrado después de los toltecas. Xolotl los acogió benignamente, instaló á las familias y casó á dos hijas suyas con dos de aquellos príncipes, viniéndose á formar de todas esas fracciones, una sola nación, llamada

Acolhua, que constituyó el reino de Acolhuacán. Sin embargo, una parte de los chichimecas, rehusando aceptar la vida social, se dispersó por las serranías del Norte del Valle, donde permaneció en estado salvaje, hasta muy avanzada la conquista por los españoles. Xolotl dividió su reino en varios Estados, confiando el gobierno de los principales, como Atzacapotzalco, lugar hoy muy preferido de la aristocracia de México, para veranear, á causa de su fertilidad y cercanía á la capital, Xaltocan y Coatlichan, respectivamente, á los príncipes Acolhuatzin, Chiconcuautli y Tzontecomatl, y murió después de un larguísimo reinado, que el venerable historiador Torquemada hace subir á la cantidad de 113 años, si bien esta cifra parece exagerada.

Sucedióle en el trono Nopaltzin, de sesenta años, quien puso á sus tres hijos Tlotzin, Quauhtequihua y Apopozoc, al frente de los gobiernos de Texcoco, Zacatlán y Tenamitic. Apenas coronado Nopaltzin, comenzaron las agitaciones políticas y las revoluciones en sus dominios y las guerras con el exterior. Acolhuatzin, señor de Atzacapotzalco, emprendió y realizó la conquista de Tepozotlán; riñeron en formales batallas Huetzin, señor de Coatlichan y Xacazozotl, señor de Tepetlatoc, y muchos Estados, á ejemplo de Tollantzinco, se sublevaron contra el trono, que los venció con grandes esfuerzos.

A Nopaltzin, sucedió en el poder Tlotzin, rey famoso por su amor á la paz, su benignidad de carácter y su don de gobierno que ejerció durante treinta y seis años.

Quinantzin, cuarto rey de los chichimecas, estableció su cohorte en Texcoco, que desde entonces fué la capital del reino de Acolhuacán. Distinguióse este monarca por su magnificencia. Fué el primero que se hizo transportar en andas, cargadas por cuatro príncipes, costumbre que siguieron después todos los soberanos. A poco tiempo de su exaltación al trono, se sublevaron los Estados de Meztitlán y Tototepec y cundió la rebelión entre las ciudades de Tepepolco, Huetoca, Mizquic, Totolapa, y otras varias, lo que ocasionó una guerra civil, si no muy prolongada, en cambio horriblemente sangrienta, al cabo de la cual, el rey, que había peleado personalmente, logró reducir á la obediencia á los rebeldes. Después, durante su reinado, que fué de sesenta años, la tranquilidad pública no se alteró jamás. ¡Tan cruel había sido el escarmiento de los feroces sublevados! Muerto Quinantzin, su cadáver fué embalsamado, operación que por primera vez practicaron los chichimecas, y expuesto á la veneración pública, durante cuarenta días, al terminar los cuales lo quemaron, según su costumbre. Esto acontecía en el siglo XIV de la era cristiana.

Mas antes de proseguir, y como habremos ya de encontrarnos con la gran familia de los mexica, cuyo desarrollo tan rápido cuanto grandioso, ocupará preferentemente nuestra atención, debemos mencionar otras razas que poblaban el territorio hoy mexicano.

Son las principales: los olmecas, que habitaron las costas del Golfo, y los únicos que vinieron por la parte de Oriente, según afirma el Dr. Sigüenza, aunque los fundamentos de tan atrevida aserción, permanecen desconocidos. Los otomites ú otomies, raza antiquísima en el país, pero que permaneció bárbara por muchos siglos, habitan-

do las cavernas de los montes, hasta principios del siglo XV, en que fué en parte reducida á la vida social por los chichimecas. Los otomites fueron muy numerosos, se diseminaron en multitud de lugares, aunque sin mezclarse jamás con otras razas. Hasta el día es cosa inaudita que un indio ó india otomí se case con persona de otra tribu, ni aun con los tlaxcaltecas, de quienes han sido grandes aliados. Los otomites hablan una lengua muy parecida fonéticamente, á la de los chinos, y por ella, por sus costumbres, sus industrias, su figura, sus vestidos, constituyen la raza del país que más señales etnográficas presenta del origen oriental de las inmigraciones que historiamos. Los tarascos ocuparon el extenso, rico, feraz y hermosísimo reino que es hoy el Estado de Michoacán y parte del de Querétaro. Fueron siempre afables, valerosos y habilísimos en las industrias. Su lengua se distingue por rica, flexible y sonora, y su ingenio por el tacto político. El les inspiró el someterse voluntariamente á la corona de España, después de la toma de México, lo cual significó el que no costara una sola gota de sangre, á la nación conquistadora, la posesión de aquel magnífico reino, cuyos habitantes comprendieron en un arranque de habilidad diplomática, que dada la inferioridad de sus armas y de su táctica, no sería posible luchar con los invasores. Los mazahuas, de origen otomite, habitaban las montañas occidentales del Valle, y estaban sujetos al rey de Tacuba. Los matlazincas formaron un poderoso reino en el frío y ameno valle de Toluca. Los mixtecas y los zapotecas, que se propagaron hasta las regiones de Oaxaca, alcanzaron civilización muy elevada. Se asimilaron y aun perfeccionaron la de los mexicanos, á quienes superaron antes y después de la conquista. Los chiapanecas se propagaron desde Chiapas hasta Nicaragua, y pretendían ser los más antiguos en el Nuevo Mundo. Mencionaremos, por último, á dos poderosas naciones que figuran prominentemente en la historia antigua de México: los nahuatlacas y los tlaxcaltecas. Se comprenden bajo el nombre de los primeros, las siete numerosas tribus que llegaron al Anáhuac después de los chichimecas, y que poblaron las pequeñas islas, alrededores y márgenes de los lagos mexicanos, entre cuyas tribus está incluida la de los mexica, en que nos ocuparemos más adelante y por manera especial. Distinguiéronse entre esas tribus, los tepañecas, verdaderos fundadores de Atzacapotzalco, y los colhuas, que establecieron el reino de Colhuacán.

Los tlaxcaltecas, conocidos también en la historia con el nombre de teochichimecas y famosos en la historia antigua mexicana, no menos que en la de la conquista, se establecieron en la margen oriental del lago de Texcoco; mas sin contar con un solo metro de terreno, poseídos ya totalmente por los chichimecas, chalcas y otras tribus. Su angustiosa situación, reducida á los elementos de la caza y la pesca, los impulsaba á frecuentes depredaciones. Estas, y la gran multiplicación de los tlaxcaltecas, inquietaron á los vecinos, quienes, particularmente los chalcas, resolvieron arrojarlos de aquel territorio. Uniéronse pues, los xochimilcas, los colhuas, los tepañecas y los de Chalco formando numeroso ejército, al cual presentaron batalla los tlaxcaltecas en Po-yauhtlán, á orillas del lago, derrotándolos completamente, después de un combate sangriento en que se tiñó de rojo una gran extensión de las aguas de aquel. A pesar de ha-

ber salido victoriosos los tlaxcaltecas, que se distinguieron siempre por su prudencia, tanto como por su valor indomable y su gran sentido bélico, resolvieron abandonar aquella región en que no podrían vivir tranquilamente. Dividiéronse, pues, en dos grandes secciones, una que buscaría residencia en las regiones del Norte, y la otra en las del Mediodía. Los primeros se establecieron en Tulancingo y Cuauhinanco con permiso del rey chichimeca, y los segundos se dirigieron al gran volcán llamado el Popocatepetl, la más elevada eminencia mexicana, al Oriente de la capital, y costeano sus faldas hacia el Sur, fundaron cerca del actual Atlixco la ciudad de Cuauquecholán, que todavía existe, y continuaron su peregrinación hacia el Pico de Orizaba, fundando otros pueblos, entre ellos el de Amaliuhcan.

Los que formaban la parte más numerosa é importante de la tribu atravesaron las llanuras pintorescas de Cholula, encantadoras por su clima y sus paisajes, y fueron á erigir la gran ciudad de Tlaxcala, cerca de la bellísima montaña que apellidaron Matlecueye, y que desde la época colonial es conocida con el nombre de la Malintzi, que fué el mismo de Doña Marina, la india célebre que acompañó á Cortés en su atrevida empresa, sirviéndole de intérprete, guía y consejero. Los tlaxcaltecas creen que aquella hermosa é interesante mujer, cuya influencia en la conquista fué decisiva, se quedó petrificada ó encantada en esa montaña, cuya cúspide nevada en tiempo de invierno representa con notable exactitud la figura de una mujer acostada con la frente hacia el cielo. De ahí el nombre de Malintzi, con que es conocida esa hermosa eminencia, aun en los estudios científicos.¹ Los tlaxcaltecas arrojaron á los olmecas y xicalancas

¹ Un poeta tlaxcalteca ha cantado esa romántica tradición, ignorada por muchos historiadores, en los siguientes versos hasta hoy inéditos, y que hemos adquirido para adorno de esta obra y comprobación de esa tradición.

Despierta ya, sultana, que en el suelo
Mexicano, te duermes voluptuosa,
Entre el ropón espléndido de rosa
Que la aurora te prende desde el cielo.
Y cuando abras tus ojos dulcemente,
Y sueltes tu ondulada cabellera,
Y las nubes más blancas de la esfera,
Vuelen ufanas á besar tu frente;
Y el sol al contemplarte se retaña,
Y detenga su giro soberano,
Y acuda con sus flores el verano
Y se vista de lujo la campiña,
Pregunta por tus bravos gladiadores,
Que blandieron el arco victorioso,
Y de la Iberia, el pabellón glorioso
Rasgaron con sus dardos voladores.
Si sucumbieron ante el fuego alevé
En las gradas del trono que elevaron,
¿Qué fué mientras tus ojos se cerraron
Y te rendiste en tu almohadón de nieve?

He aquí á nuestro juicio, el origen de la palabra *Malintzin*, que no es mexicano, ni ha explicado hasta hoy ningún historiador. Los españoles pusieron á aquella mujer el nombre de Marina; como en el idioma mexicano no hay la letra *r*, los indios decían *Malina*; pues siempre suplieron y aún suplen la *r* con la *l*. La desinencia *tzin* es reverencial; es una sílaba que los mexicanos agregan á todo nombre para indicar su profundo respeto. Así de Cuauhtemoc, se forma Cuauhtemotzin. Por manera que, agregando esa sílaba reverencial á la palabra Malina (que perdió la *a* final para recibir la desinencia), quedó formado el nombre *Malintzin*.

de aquel país y tomaron posesión de éste, lo cual inquietó sobremanera á los huejotzincas, establecidos en la misma gran llanura que se extiende desde la falda oriental del Popocatepetl hasta las serranías del Tepetlaxochitl. Los huejotzincas cayeron violentamente sobre los tlaxcaltecas, que se vieron obligados á huir á la cumbre de la Malintzin, donde se reorganizaron y acordaron enviar embajadores al rey de Texcoco, pidiéndole auxilio. El monarca chichimeca, que conocía la importancia de mantener lejos aquella nación, concedió de buen grado el favor, enviando un refuerzo considerable. Sabido esto por los huejotzincas, pidieron á su vez el apoyo de los tepanecas; pero éstos, aunque aparentemente accedieron y aun enviaron su ejército, avisaron secretamente á los tlaxcaltecas que no tuvieran cuidado, pues no se proponían combatirlos, sino cubrir una mera fórmula de amistad con los de Huexotzinco; por manera que los soldados llevaban orden de no atacar á los tlaxcaltecas á la hora del combate. Así, pues, contando con la ayuda de los chichimecas y la perfidia de los tepanecas, los de Tlaxcala destruyeron á los huejotzincas.

Vueltos cada quien á sus posesiones, los tlaxcaltecas se dedicaron á engrandecer su ciudad y nación. Dividieron aquella en cuatro cuarteles gobernados por otros tantos señores, á quienes prestaban obediencia otros pueblos que dependían de cada cuartel respectivamente. De ese modo, Tlaxcala quedó dividido en cuatro reinos pequeños, cuyos jefes, en unión de otros señores de la nobleza, constituían un senado para el gobierno común de la nación. Esta circunstancia ha hecho que los historiadores consideren á Tlaxcala como una república en los tiempos antiguos. El territorio tlaxcalteca estaba defendido con fosos y trincheras por el Occidente; con una muralla de seis millas de largo por el Oriente, y con las montañas por el Norte y el Sur.

Los tlaxcaltecas fueron valerosos, trabajadores é inteligentes. En agricultura, llegaron á mayor perfección que las otras naciones. Su especialidad agrícola fué el cultivo del maíz, por lo que su ciudad se llamó Tlaxcalan, de tlaxcal, pan hecho de maíz, llamado actualmente *tortilla*. Fueron tan religiosos como los mexicanos, y su culto tan cruel y sangriento como el de éstos. Adoraban á Camaxtle, el Huitzilopochtli de los mexica. Su principal comercio consistió en la cochinilla ó grana de nopal, producto precioso como substancia tintórea, hoy poco explotado y cuyo rendimiento era tal que aún después de la conquista producía á la capital un ingreso de doscientos mil pesos. Pero la nota histórica más culminante de los tlaxcaltecas fué su grande y eterna rivalidad con los mexicanos, con quienes pelearon constantemente sin llegar á ser vencidos jamás, no obstante su inferioridad en número y en recursos. Esa profunda rivalidad cada vez más exacerbada, fué el filón de oro que hábilmente explotó Hernán Cortés para dominar y vencer á los mexicanos. Los tlaxcaltecas hicieron alianza con él, lo ayudaron con abundantes comestibles, le prestaron asilo después de los desastres de la Noche Triste y de la batalla de Otumba, y le dieron contingente de soldados.

CAPÍTULO III.

LOS MEXI—ITINERARIO DE SUS PEREGRINACIONES
FUNDACIÓN DE SU IMPERIO.

ÓCANOS ya hablar de los mexicanos, la más importante de las naciones que poblaron el Anáhuac, y la que representaba el más alto grado de civilización y fuerza cuando las naves de Cortés surcaron las aguas de Veracruz.

El año de 1160 de la era cristiana, partieron de Aztlán, país situado al Norte del Golfo de California, las siete tribus de los mazahuales, impulsadas por las mismas causas de emigración hasta hoy realmente desconocidas, que habían empujado á las otras naciones hacia el Sur del continente. Los monumentos sabiamente identificados con los recursos de la arqueología, la historia y la arquitectura han servido para señalar el itinerario de los mazahuales, entre quienes venían los mexica ó tenochcas desde Aztlán hasta el Anáhuac. Partieron, pues, acaudillados por varios jefes entre los que sobresalía Huitziton, á quien los aztecas atribuyeron la resolución de emigrar. Los aztecas pasaron por el río Colorado á los $32\frac{1}{2}^{\circ}$ de latitud; más allá del 35, caminaron en dirección sudeste hasta el río Gila, donde se detuvieron algún tiempo, al cabo del cual prosiguieron su viaje en la misma dirección, para volverse á detener en el punto del actual Estado de Chihuahua, que corresponde al 29° de latitud, y que se halla á unas doscientas cincuenta millas de la ciudad de Chihuahua. Construyeron allí el vastísimo edificio conocido hoy con el nombre de *Casas Grandes*, que aún subsiste como uno de los monumentos arqueológicos más interesantes de la República. Estos edificios constan de tres pisos, el primero de los cuales no tiene entrada ni puerta alguna, siendo por lo mismo necesario valerse de escalera de mano para penetrar por el piso segundo, precaución tomada en Chihuahua, lo mismo que en Nuevo México (hoy territorio de los Estados Unidos), á fin de impedir que los enemigos pudieran entrar fácilmente á las fortalezas y habitaciones. Nuevamente emigraron, y atravesando los montes de la Tarahumara y dirigiéndose hacia el Mediodía llegaron á Hueicolhuacán, la actual ciudad de Culiacán, en el Estado de Sinaloa. Después de no muy larga permanencia en aquel punto de la costa del Golfo de California, marcharon hacia el país que habitaron los zacatecas, y que es el actual Estado de ese nombre. Ahí sobrevino una gran disensión entre los mexicanos y las otras seis tribus, de lo cual resultó que los xochimilcas, tepanecas, colhuas, chalcas, tlahuicas y tlaxcaltecas continuaran el viaje, mientras que los mexica permanecieron en aquel punto llamado *Chicomoztoc*, punto que no podemos aceptar como el inicial de la emigración de estas razas, sino como un sitio mucho más austral é histórico al que pusieron ese nombre en recuerdo de aquel.

Cuando las otras seis tribus habían ya adelantado bastante en su marcha, los mexica salieron del país de los zacatecas con dirección al Sur, y pasaron por Zayula, Coacula, Amecca y Colima hasta Zacatula, poblaciones todas que aún subsisten, y de ahí volvieron hacia el Oriente hasta Malinalco, sobre las montañas que rodean el Valle

de Toluca. De Malinalco se dirigieron al Norte y llegaron á la tantas veces mencionada ciudad de Tula (Tollán), el año de 1196. En el camino de Zacatecas á Tula la tribu que historiamos tuvo una disensión intestina, que si bien no determinó su separación, si fué causa de eterna rivalidad entre los dos bandos que se formaron, á saber, los mexicanos, propiamente dichos, y los tlaltelolcos; fundadores los primeros de la ciudad de México, y los segundos de la de Tlaltelolco, ambas vecinas y que después formaron una sola.

Permanecieron en Tula nueve años, y todavía peregrinaron otros once, llegando en el de 1216 á Zumpango, cuyo señor los recibió cordialmente, trabó con ellos amistad al grado de casar á su hijo Ilhuicatl con una joven mexicana. Sin embargo, el ingenio superior de aquella tribu que llenaría con sus proezas la historia de la América Septentrional, la impulsaba á la independencia, á la vida propia y autónoma que no podrían alcanzar en Zumpango. Después de siete años de permanencia ahí, pasaron á Tizayocan, y luego á Tolpetlac, y posteriormente á la cordillera del Tepeyacac, donde hoy se levanta el famoso santuario guadalupano. Durante veintidós años soportaron las depredaciones de los chichimecas salvajes, que como se ha dicho, erraban por aquellas serranías, hasta que resolvieron mudar de sitio. Emigraron pues, á Chapultepec, el célebre bosque y peñón en cuya cima está edificada la regia mansión veraniega del Presidente de la República. Nuevamente tuvo que emigrar aquella miserable tribu, perseguida por el caudillo Xaltocan, y se refugió en Acoacocolco, pequeño grupo de estrechas islas en la parte Sur del lago, donde vivieron por mucho tiempo en medio de la mayor pobreza é incomodidad. Disfrutaban, en cambio, del precioso bien de la libertad, mas éste no fué duradero, pues el rey de Colhuacán los hizo esclavos, transportando toda la tribu á Tizapán, ciudad perteneciente á ese reino. A poco tiempo se declaró una guerra entre los xochimilcas y los colhuas, señores de los mexicanos, y éstos fueron llevados al combate donde pelearon con arrojo nunca visto, y determinaron la victoria. El valor desplegado en el combate, así como el terror que experimentaron los colhuas al presenciar un sangriento sacrificio humano ofrecido por los mexica á Huitzilopochtli, movió á los repetidos colhuas á dar libertad á esa tribu, cuya vecindad juzgaron peligrosa desde aquel día. Los mexicanos, libres ya, se instalaron en Mexicaltzingo, después en Ixtacalco, pueblos existentes aún y muy poco distantes del sitio en que definitivamente se radicó la tribu.

Corría el año de 1325 de la era vulgar, cuando los mexicanos se trasladaron á una pequeña isla no muy lejana de otras más pequeñas aún, en la parte occidental del lago, donde vieron una águila sobre un nopal devorando una culebra, y coincidiendo ello con las señales que un oráculo les había dado para designar el sitio en que definitivamente deberían radicarse, resolvieron elegir aquella isla para formar su ciudad después de 165 años de peregrinaciones.

¿Quién predijera que aquella miserable colonia, formada de chozas de juncos, en una isleta perdida entre las aguas, llegaría en plazo no lejano á ser la más hermosa y populosa ciudad del Nuevo Mundo, y después del descubrimiento colombino, la primera capital de la América española? Llamóse desde luego aquella pobrísima colonia *Tenoxtilán*, que significa ciudad de los tenochca ó mexicanos, edificada en el mismo sitio en que hoy se levanta la capital de la República.

Aun no se ha fijado con precisión el lugar exacto que ocupaba el nopal en que se posó el águila; no hay acuerdo entre los cronistas á ese respecto; mas la opinión de mayor probabilidad es que ese lugar correspondió al centro de la actual Plaza Principal.

En un principio la existencia de los mexicanos fué extremadamente miserable. Sin tierra que cultivar, vivían de la pesca y de la caza de aves acuáticas, y vestían hojas de plantas del lago. Siendo muy estrecha la isla para contener toda la tribu, valiéronse de industrias á fin de ensanchar el terreno por medio de estacadas que rellenaban después de tierra, hasta alcanzar algunas de las otras pequeñas islas, y así, mediante estos breves istmos lograron extender la ciudad. Más aún; formaban una especie de balsas con fuertes ramas entretrejidas, las extendían sobre el agua, las cubrían de gruesa capa de tierra y sembraban en la superficie, estableciendo así un admirable sistema de huertos flotantes, que llamaron *chinampas*, y que no es muy raro hallar todavía en las inmediaciones de los pueblos situados al Sur de la Capital sobre el lago de Chalco. Aquellos hombres infatigables en la industria, á pesar de la escasez de elementos, no tardaron en comenzar un comercio activo con los pueblos de las márgenes del lago, donde vendían el pescado blanco, que es hasta hoy platillo popular en México y sus alrededores, patos, calabazas y maíz que sembraban en las chinampas, chile ó pimienta y hasta insectos acuáticos, como el mosco, que supieron pescar á maravilla. Mediante este comercio, para el que se servían de canoas ó palos ahuecados para navegar, comenzaron á enriquecerse, proveyéndose de mantas, plumas, leña y otros muchos objetos, ya de ornato ya de primera necesidad.

Hemos dicho antes que la tribu de los tenochas se dividió en dos bandos cuando caminaba de Chicomostoc á Tula; y dijimos también que esa división jamás terminó. Ello, sin embargo, no fué obstáculo para que la tribu caminara unida en todas las peregrinaciones que dejamos reseñadas. La adversidad era su vínculo, y el peligro común era el eslabón que unía los bandos en una raza de tan grande sentido práctico. Mas luego que aparecieron los primeros albores de la prosperidad, asomaron también los primeros recrudescimientos de la discordia. A los trece años de fundada Tenochtitlán, no pudieron ya tolerarse ambas facciones; pero á la luz de ese buen sentido proverbial en su historia, prefirieron separarse á emprender una guerra civil que debilitara la tribu y la hiciera presa de sus poderosos vecinos. Tomada esa discreta resolución, uno de los bandos pasó á otra isla muy cercana, situada al Norte de la primera, y se comunicaron las dos por medio de una calzada ó istmo, que en lengua mexicana se llama Tlaltelolco, nombre que conservó la nueva ciudad y conserva aún el barrio de la actual México, que corresponde á aquella parte. De esa división resultó la clasificación de tenochas y tlaltelolcas, gente de una misma tribu. Separados los últimos, la ciudad fué dividida en cuatro cuarteles, que correspondían exactamente á los actuales barrios de San Pablo, San Juan, San Sebastián y Santa María.

El primitivo gobierno de los mexicanos antes de la división de la ciudad no era ni monárquico ni democrático, sino aristocrático, esto es, formado por cierto número de individuos de la nobleza, los cuales, presididos por uno, regían la cosa pública. El delicado instinto de los mexicanos les hizo comprender que un pueblo en formación, en estado embrionario, como aquel en que se hallaban, necesita mayor unidad de autori-

dad para impulsarlo hacia el progreso. Esto, unido al ejemplo de prosperidad en que se hallaban los chichimecas, los colhuas y tepanecas, los decidió á adoptar la forma monárquica, por lo cual la asamblea aristocrática en que sobresalía Tenoch, jefe hasta entonces de la nación, determinó elegir rey, elección que recayó en Acamapatzin, individuo de sangre noble y de eminentes cualidades. Tratóse en seguida de desposarlo para dejar así fundada la monarquía; y aunque los reyes de Tacuba y Atzcapotzalco desairaron la súplica que respectivamente les hicieron embajadores mexicanos para que concedieran la mano de una de sus hijas al nuevo rey, el señor de Coatlichán accedió, dando á su hija Ilancueitl por esposa á Acamapatzin. Los tlaltelolcas por su parte pidieron al rey de Atzcapotzalco que les enviara un príncipe de su casa para que los gobernase, lo cual les fué concedido.

La elección de rey entre los mexicanos disgustó profundamente á los tepanecas, quienes vieron en el suceso una osadía vanidosa de la pobre colonia del lago, á la vez que un peligro para lo porvenir. Ese disgusto les sugirió aumentarles los tributos, para fastidiarlos y obligarlos á emigrar, ó para tener ocasiones de castigarlos. Pusiéronlo en ejecución decretando tributos y exigencias enormes, pero los mexicanos supieron salir airosos, y no dieron motivo á penas de ninguna especie. Acamapatzin gobernó excelentemente por espacio de treinta y siete años. Comenzó la canalización de la ciudad, la embelleció en lo posible, mantuvo la paz, y poco antes de morir llamó á la nobleza y les devolvió el poder que había recibido, dejándola en libertad de elegir nuevo rey, así que muriese. A los cuatro meses se verificó la elección, recayendo en Huitziluhuitl, hijo de Acamapatzin, notable por sus condiciones de guerrero. Ya en esta vez tomó parte en el sufragio mayor número de electores.

Lo primero de que cuidaron los nobles fué de casar al nuevo rey, para lo cual volvieron con las más suplicantes instancias á rogar al rey de Atzcapotzalco les concediese una hija suya. El tepaneca se mostró en esta vez más deferente y les entregó á Ayauhcihuatl para esposa de Huitziluhuitl.

Poco tiempo después solicitó y obtuvo del señor de Cuauahuac una de sus hijas, que fué madre del más famoso rey mexicano, Motecuhzoma Ilhuicamina. A la sazón se verificó un gran alzamiento de algunos Estados contra la autoridad de Techtotlala, rey de Acolhuacán, el imperio de los chichimecas, y el soberano llamó en su auxilio á sus súbditos, entre ellos los mexicanos, quienes se hicieron muy notables por su valor y táctica en el combate, á extremo de que no obstante ser los menores en número, á ellos se debió en gran parte la victoria.

Esto los prestigió sobre manera, les atrajo el favor real, pudieron ensanchar su comercio, y merced á las utilidades que desde luego alcanzaron, pudieron ya vestirse con telas de algodón y continuar hermoseando su ciudad con edificios, algunos de piedra.

Mas estos triunfos inquietaban á los señores y reyes vecinos. El genio de aquella nación se dejaba adivinar, infundiendo temores para lo porvenir. En aquellos días verificóse un suceso que fué el origen de la ruina de la monarquía tepaneca. Maxtlatón, señor de Coyohuacán é hijo del rey de Atzcapotzalco, mostróse indignado por el matrimonio de su hermana Ayauhcihuatl con Huitziluhuitl, el rey mexicano. Lo hizo llamar á su presencia, lo insultó y amenazó con venganza, que efectivamente realizó, dando muerte al hijo de Huitziluhuitl y Ayauhcihuatl, llamado Acolnahuaatl.

El monarca tenucha sufrió en silencio estos agravios que la debilidad de su nación no permitía castigar de pronto; mas el odio que sembraron entre los mexicanos contra los tepanecas fué, como hemos dicho, el germen de la ruina de éstos. El suceso acaeció en el año de 1399, en el cual fué electo Tlacateotl, segundo rey de Tlaltelolco. Los primeros movimientos de los mexicanos para sacudir el yugo feudal y conquistar su emancipación se anunciaron en el año de 1406. Había muerto el rey de Texcoco, y reinaba en Atzacpotzalco, Tezozomoc, hombre ambicioso y envidioso. Con motivo de la elección de Ixtlilxóchitl para rey de Texcoco, Tezozomoc convocó á los reyes de Tlaltelolco y México, y les manifestó su deseo de sublevación en contra de Ixtlilxóchitl, á fin de que obtuvieran su independencia.

Tanto los mexicanos como los tlaltelolcas aceptaron, y á poco tiempo estalló la guerra civil, que duró algún tiempo y que fué horriblemente sangrienta, pues el valor de los mexicanos era neutralizado por el número de los chichimecas, á quienes por fin pidió la paz el rey de Atzacpotzalco y sus aliados, la cual les fué concedida.

Sin embargo, continuó la rivalidad tan activamente, que el rey victorioso se vio obligado á andar errante por los montes, custodiado por una pequeña escolta de nobles. Había dominado la fuerza de los tepanecas, pero no su astucia, que á cada paso ponía en peligro la vida del monarca que al fin sucumbió asesinado por sicarios de Tezozomoc, el año de 1410. Lo heredó en el trono Netzahualcoyotl, célebre poeta, sabio y legislador.

Tezozomoc, entonces, se hizo proclamar rey de Acolhuacán, y dió á los mexicanos en feudo la gran ciudad de Texcoco, cual premio por los servicios militares que habían prestado. En cambio, los mexicanos, impulsados por un sentimiento de nobleza, dieron órdenes á sus súbditos los texcocanos de respetar estrictamente la vida de Netzahualcoyotl, el príncipe heredero, amenazado también por Tezozomoc y sus aliados. Reinaba á la sazón en México Chimalpopoca.

En 1422 murió el tirano Tezozomoc, cuyo trono heredó su hijo Toyatzin, á quien asesinó su hermano Maxtlátón, apoderándose de la corona.

Se avivaron más y más las rivalidades entre el nuevo rey de Atzacpotzalco y el de México, y habiendo el primero hecho grande injuria al segundo en su honra, éste determinó sacrificarse á Huitzilopochtli, ya que no podía vengar el agravio. Sabedor de ello Maxtlátón, mandó aprehender á Chimalpopoca en los momentos mismos en que iba á perpetrar el suicidio, é hizo que le llevaran prisionero á Atzacpotzalco, donde el rey mexicano consumó su intento ahorcándose con su cinturón en la cárcel.

Itzcoatl sucedió en el trono á Chimalpopoca, y su designio más meditado y vigoroso fué combatir al tirano tepaneca, para lo cual propuso alianza secreta á Netzahualcoyotl, el heredero en desgracia del reino Texcocano. Netzahualcoyotl aceptó con alegría esa alianza poderosa, y habiendo logrado la de Tlaxcala y Huexotcincinco, organizó su ejército y se dirigió á Texcoco, ciudad que tomó así como otras varias en el mismo día. Sabiendo el rey de Atzacpotzalco la alianza entre el mexicano y el texcocano, declaró la guerra al primero, en cuyo auxilio vino el segundo. El ejército tepaneca acudió á batir á los mexicanos en su propio terreno. Sangrienta y feroz fué la batalla que acaudilló por parte de los tenucha el renombrado Motecuhzoma. Duró el combate dos días, al cabo de los cuales vencieron los mexicanos, dominando como de costumbre con

su valor la superioridad numérica del enemigo, á quien persiguieron hasta su misma capital, Atzacpotzalco, en que entraron á saco y dieron muerte al odioso tirano, el rey usurpador Maxtlátón.

Esta victoria decisiva en los destinos de Tenochtitlán puso el reino tepaneca en poder de los mexicanos, los que pagaron la ayuda que les prestó Netzahualcoyotl, ayudándole á reconquistar su Estado y devolviéndole la ciudad de Texcoco. Las multitudes tepanecas que habían huido á los montes, bajaron á someterse á los mexicanos, quienes con rara habilidad diplomática supieron sacar grandiosas consecuencias de su triunfo. Tan famoso hecho de armas tuvo lugar en el año de 1425, esto es, un siglo después de la fundación de México. Por manera que bastó una centuria á la pequeña colonia tenucha para convertirse en la mayor potencia del Anáhuac.

Apenas alcanzado el triunfo sobre los de Atzacpotzalco, se produjo una conspiración en Coyohuacán, señorío tepaneca, contra los mexicanos. El terror que éstos habían sembrado hizo que otros señoríos se negaran á tomar parte en la guerra propuesta por los de Coyohuacán, y á la cual parecía hacerse el sordo el rey de México. Mas habiéndolo después (1428) insultado gravemente, organizó sus ejércitos, y mediante una batalla muy sangrienta, sometió á los coyohuaca, los hizo sus tributarios y, además, redujo á obediencia á Huitzilopochco (hoy Churubusco), Atlicuihuayad (Tacubaya), Teocalhuican, Cuacuauhcan, Mixcoac, Cuauximalpan, Tlacopan y Tecpan, pueblos todos de los tepanecas. En la conquista de los tepanecas, establecieron los mexicanos la horrenda costumbre de sacrificar los prisioneros al dios Huitzilopochtli.

Desarrollando política hábil y fecunda, continuaron los mexicanos apoderándose de los pueblos ribereños del lago, medio necesario para la conquista del Valle. Terminaron esta empresa, así como la recuperación del reino de Acolhuacán en favor de Netzahualcoyotl, amigo y aliado de los mexicanos que lo ayudaron á su vez poderosamente en la guerra de reconquista de su trono, se hizo la división territorial del Anáhuac en tres partes ó reinos, á saber: el de Texcoco, el de México y el de Tacuba (antiguamente Tlacopan), división que correspondía á las tres principales razas del Valle, la chichimeca, la mexicana y la tepaneca. Celebróse un tratado de alianza entre los tres reinos que duró hasta la venida de los españoles.

A partir de aquí se multiplicaron á tal grado las conquistas de los mexicanos en el exterior del Anáhuac, que sería materia de volumen especial consignar aun compendiosamente todas las guerras, triunfos y prosperidades militares alcanzadas por los mexicanos. Su valor é inteligencia los encumbró al apogeo político y á una civilización, para este continente, deslumbradora. Seguir paso á paso sus progresos militares y sus conquistas que llevaron á tierras muy lejanas, fuera empresa extraña á la índole de este libro, en que no debemos sino trazar á grandes rasgos el bosquejo del México precolombino. Bástenos, por lo tanto, decir, que después de Ixcoatl, bajo cuyo gobierno se verificaron estos trascendentales sucesos, reinaron en la nación mexicana los siguientes monarcas: Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayacatl, Tizoc, Ahuizotl, Motecuhzoma Xocoyotzin, Cuitlahuatzin y Cuauhtemotzin. Mas si renunciamos á la enumeración de conquistas que llevó el poder mexicano hasta las costas del Golfo y los abruptos países de los zapotecas, conviene á la integridad de este bosquejo dar una idea de la civilización tenucha antes de eclipsarse bajo los rayos de la cristiana.

CAPÍTULO IV.

CIVILIZACIÓN MEXICANA—SU RELIGIÓN, COSTUMBRES,
EDUCACIÓN, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC.

NO vacilamos en considerar á los mexica como el pueblo más religioso que haya jamás existido en la tierra. Pertenecía por completo á la religión, y era ésta su alma y su destino. Creían los mexicanos en un Sér Supremo, á que llamaban Teotl, autor del Universo y de la vida; pero esta sana creencia fué oscurecida y dominada por la de una multitud de divinidades á que ofrecían culto sangriento y horrible. Sus principales dioses eran trece, de los cuales el mayor fué Huitzilopochtli, el dios de la guerra; pero la cantidad de divinidades secundarias era innumerable. Los templos y casas estaban llenos de ídolos de todas figuras y tamaños. La principal de sus ceremonias religiosas consistía en el sacrificio humano, en que tendida la víctima sobre la piedra llamada por esto de los sacrificios, con el pecho hacia el cielo, le era extraído el corazón palpitante aún, y ofrecido por el sacerdote.

Formaban igualmente parte muy principal del culto las danzas sagradas, que pertenecían al ritual, y las más importantes de las cuales eran diez y ocho, todas ellas mímicas ó representativas de acciones heroicas y divinas. Creían los mexicanos en la inmortalidad del alma y en la transmigración. Había tres lugares para las almas de los muertos: la casa del sol, el paraíso y el infierno. Iban al primero los espíritus de los muertos en batalla ó aprisionados durante ella, y las mujeres que morían de parto. Pasaban al segundo las almas de los que fallecían de enfermedades muy penosas, como la hidropesía y el reumatismo; el tercer lugar que suponían en el centro de la tierra, estaba destinado á las almas de los malos, pero todo el tormento consistía en una absoluta obscuridad.

El sacerdocio constituía una casta numerosa y sobremanera influyente. El consejo del rey era formado por los sacerdotes de mayor jerarquía, á cuya resolución debían someterse los asuntos más graves del Estado. Los sacerdotes se pintaban de negro y llevaban vida austera, plagada á veces de crueles penitencias. Profesaban el celibato, eran sobrios en comer y dormir, de costumbres muy rígidas y supersticiosas. Cultivaban las ciencias, especialmente la astronomía, y tenían á su cargo la educación de la juventud.

Existió el matrimonio entre los mexicanos con el carácter de monogamia, por más que al monarca le fuera permitido ser polígamo. Los adúlteros, hombres ó mujeres, eran castigados severamente, así como el marido, que en caso de infidelidad de su espo-

sa hacia justicia con su propia mano, ó se batía con el seductor. El hogar mexicano se distinguió siempre por el grande amor que en él ha reinado, por las virtudes de la india, entre las cuales se distingue su castidad y fidelidad, por su laboriosidad que la acredita como una de las mujeres más hacendosas del mundo, por la entrañable ternura con que ama á sus hijos, y por la gran limpieza y aseo de su casa y persona. Estaba tolerada la prostitución, pero en condiciones absolutas de reserva.

El baile era una institución de enseñanza obligatoria y existía un conservatorio (Cuicacalli) en que aprendían los jóvenes de ambos sexos, mediante reglamentación severa que no daba lugar á desórdenes ni abusos. Se bailaba al son del *tepunaxtli*, el tambor y flautas. Concluida la clase, las jóvenes que habían sido traídas por alguaciles encargados de recogerlas para que asistieran al ejercicio, eran conducidas á sus casas. Cuando alguno cometía falta contra la honestidad, sufría castigos severos, hasta la misma muerte, causada á palos.

Se aplicaban á los niños y adolescentes penas crueles aún por las más leves faltas; se les picaba con púas de maguey y sujetaba á fumigaciones de chile quemado. Se exigía estrictamente la urbanidad, las atenciones para con todos, especialmente para los ancianos. Usaban los mexicanos de una especie de bautismo, así como de una confesión auricular. Los recién nacidos eran, llegado el plazo, presentados solemnemente en el templo y ofrecidos al sacerdote. La educación se impartía en el hogar doméstico hasta cierta edad (13 años), después de la cual dependía del Estado y era impartida en los colegios llamados *Calmeac* y *Tepuchcalli*, de los que había gran número en la ciudad de México. Se enseñaba en ellos la escritura jeroglífica, el arte de la guerra, la teogonía, la historia, y probablemente algunas de las artes principales. Las niñas eran instruidas en las labores domésticas, en los tejidos de mantas y mosaicos de pluma. La escritura de los mexicanos no alcanzó la perfección de la de los mayas, que como hemos visto, era fonética; pero ocupa lugar distinguido en su civilización, porque avecindado ya el alfabeto, llegó á ser silábica.

Pocos pueblos habrán cultivado la higiene como los mexicanos. Acostumbraban bañar á los niños con agua fría, aún en los lugares más elevados y en invierno, provocando así la inmunidad contra las neumonías y demás consecuencias patológicas de los enfriamientos por aire. Estaba severamente prohibida la embriaguez entre los mexica. En los banquetes se servían dos mesas: una para los jóvenes, en la cual no se ponía el vino de ágave, conocido hoy con el nombre de *pulque*, y otra para los ancianos, en la que era permitido el servicio de ese vino. La embriaguez en las personas que no pasaban de 60 años, era castigada con penas infamantes, y la reincidencia con tormentos. A esa circunstancia se debió sin duda el gran vigor y desarrollo físico, así como la asombrosa fecundidad conyugal de los antiguos mexicanos. Desde la niñez, hasta la adolescencia, se daba á los hijos el sustento con gradual sobriedad, persuadidos los tenucha de que la intemperancia en el comer es grandemente perjudicial en la altura y clima de México. Se daba de mamar á los niños hasta los dos y aún tres años, para que su estómago no estuviera expuesto á las dificultades de la digestión de vegetales.

Su comercio era de cambio, es decir, se ferían unos productos por otros; pero también conocieron la moneda, como lo demuestra el gran historiador Clavijero. La principal de estas monedas era una lámina de metal en forma de T, de las que hay aún gran cantidad en los pueblos de Oaxaca, y posee bastantes el Museo Nacional. El concurso de mercaderes á un mismo sitio para la feria se hacía en determinado día, y se llamaba *tianguis*. El principal de ellos era el de Tlaltelolco, en que se reunían muchos miles de comerciantes y de gente que acudían á proveerse de lo necesario. Además de esto, los mercaderes mexicanos hacían largas expediciones llevando á los pueblos fueños sus productos y trayendo los de ellos. Por este medio los había bastante ricos y constituían una clase especial.

Fueron los mexicanos grandes astrónomos. Su calendario existente aún en el Museo Nacional, es un monumento de su saber en esa hermosa ciencia. Dividieron el año en 365 días y en 18 meses de veinte cada uno, añadiendo cinco días al último; rendían culto al sol, como centro de la vida física, y tenían ideas bastante avanzadas del movimiento de las estrellas. Por desgracia, su astronomía aparece mezclada frecuentemente con la más supersticiosa astrología. Cultivaron la medicina, que estaba encomendada á las mujeres, y que es todavía famosa. Aun se tiene gran fe en los remedios de los indios, y el Instituto Médico Nacional, fundado bajo el Gobierno del Sr. Gral. Díaz, actualmente Primer Magistrado de la República, con objeto de estudiar las plantas medicinales de los indios, ha comprobado que una gran parte de esos remedios merece la atención de la ciencia.

Su arquitectura fué notable por su grandiosidad, especialmente en tratándose de los edificios sagrados. Ejemplo de ello fué el templo mayor de México. Por la confronta que hizo Clavijero de las descripciones que escribieron cuatro testigos oculares (Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, el *Conquistador Anónimo* y el ilustre historiador Fray Bernardino de Sahagún), se sabe que el gran templo ocupaba el centro de la ciudad y comprendía todo el sitio en que se levanta la actual catedral con gran parte de la Plaza de Armas y calles de las inmediaciones. El muro que rodeaba el templo formaba un cuadro tan grande que, según Cortés, podían caber en su recinto hasta quinientas casas. Este muro era de piedra y cal, tenía ocho pies de alto y cuatro puertas que daban á los cuatro puntos cardinales.

El pavimento del gran patio era de piedras esmeradamente bruñidas. En medio se levantaba el templo que era cuadrilátero, macizo, de forma piramidal, revestido de ladrillos, cuadrados é iguales, y compuesto de cinco cuerpos de una misma altura. El primer cuerpo tenía 50 toesas (308 pies) de largo, por 42 toesas (257 pies) de ancho. Los demás cuerpos iban disminuyendo en longitud y latitud conforme lo exigía la forma piramidal. Se ascendía por escaleras que estaban hacia el lado Sur, y que contaban 114 escalones de un pie de alto cada uno. Mas estas escaleras no formaban una sola sino que á cada cuerpo se subía por una escalera independiente de la que servía para ascender á las demás. Sobre el quinto y último cuerpo había una plataforma en cuya extremidad oriental se alzaban dos torres á la altura de 56 pies. Cada una estaba divi-

dida en tres cuerpos, siendo el primero de mampostería y los otros dos de madera. El cuerpo inferior era el Santuario donde, sobre un altar de piedra de 5 pies de alto, estaban colocados los ídolos tutelares, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Alrededor de este principal edificio había otros muchos para habitaciones de los sacerdotes, almacén de armas y otros diferentes objetos. El palacio del monarca, que ocupó el sitio en que hoy se levanta el Nacional, era igualmente grandioso, y éste entre otros edificios acreditaron la inteligencia de los mexicanos en el arte arquitectónico.

Los cronistas que contemplaron de cerca la civilización mexicana, hubieron de admirar algunos puntos de su legislación, en que la prudencia y la sabiduría igualaba, si no superaba á las leyes de Europa. La administración de justicia de los mexicanos era muy pura. Los juicios se dividían en orales para los asuntos de obvia resolución, y escritos para los litigios graves. Se apelaba al monarca. Los magistrados tenían severas penas en caso de recibir obsequios de los clientes, por insignificantes que fueran aquellos. Los tribunales, instalados en Palacio, eran lugares de grandísima veneración para todo el pueblo.

En materia de artes, no cabe duda que los mexicanos habían alcanzado grandes progresos. Los mosaicos de pluma, que como se recordará, fué industria que trajeron los toltecas, quienes la enseñaron á los chichimecas y de los cuales la aprendieron los mexicanos, alcanzó en tiempo y poder de éstos altura considerable. Aún se conserva como preciosidad artística en los museos de Europa el escudo de Motecuhzuma. Abundando en México las aves de rico plumaje, disponían los mexicanos de variadísima materia prima, con que dar pábulo á su fecunda imaginación. Labraban el oro y la plata y curtían pieles, ya dejándoles el pelo ó pluma, ya quitándolo. Había picapedreros que con piedras muy duras labraban la cantera para los edificios; lapidarios que pulían á maravilla las piedras preciosas, especialmente la esmeralda, que era la más común y estimada entre los mexicanos, la ametista y la turquesa. Ignórase hoy de dónde sacaban la esmeralda; pero en tiempo anterior á la conquista la abundancia de ellas era extrema. Cortés llevó algunas á Europa, donde fueron valuadas en cientos de miles de ducados, á causa de su gran tamaño y calidad. Después de la conquista, cuando los mexicanos perdieron la costumbre de agujerarse el labio inferior para colocar en el taladro una esmeralda, las comenzaron á vender y aún á ceder á los templos, y da idea de aquella profusión la enorme cantidad de esas piedras que poseen algunas iglesias, como la de la Virgen de la Soledad, de Oaxaca.

Notables eran también los alhajeros que hacían objetos de uso y adorno, de los cuales hay muchos aún en el país. Fueron igualmente habilísimos tejedores, usando como materia prima el pelo sutil del conejo, la fibra del maguey y el algodón de que hacían telas tan finas como la holandesa, dicen los cronistas. A veces mezclaban unas fibras y á veces tramaban la tela de algodón con plumas, resultando tejidos muy vistosos y que causaban admiración en Europa. Conocían, además, el arte de la carpintería, valiéndose de instrumentos de cobre duro para labrar la madera.

No dejaremos de mencionar á los historiadores, poetas y oradores. Los primeros

consignaban, mediante la escritura jeroglífica, los acontecimientos que se iban realizando. Es un hecho perfectamente averiguado que los mexicanos cultivaron la poesía, no sólo como manifestación oral de la belleza, sino como ritmo de la palabra. El eminente gramático del nahuatl, el Padre Carocci, trae algunos ejemplos de himnos mexicanos anteriores á la conquista que él les oyó cantar y que aparecen conforme á una métrica. Siendo este punto uno de aquellos que han puesto en duda y aún negado autores de nota, si bien de los que escribieron cuando los estudios americanistas estaban menos adelantados, creemos conveniente aducir como prueba los versos que cita Carocci, cuya obra es una de las más raras en las bibliotecas. Dice ese autor: "Los indios antiguos eran parcos en componer más de dos vocablos; los del día exceden y más si hablan de cosas sagradas, aunque en el lenguaje poético eran también demasiados los antiguos como se verá por esto:

Tlahquechollastalchualto tonatoc (Brilla con color escarlata como el pájaro tlahquechol).

Ayahcozamalotonameyotimani (Y está resplandeciendo á manera del arco iris).

Xiuhcoyoltziltic in teocuitlauchuetl (El tambor de plata suena como casca-
beles de turquesas).

Nicchalchiuhcozcameca quen mach totoma innocuic (Voy de mil maneras desatando mis cántigas como sarta de piedras preciosas).

Torquemada afirma que esos cantares eran como los sonetos de España, es decir, rimados. Otros aparecen sin metrificación, como los traducidos y presentados últimamente al Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en México el año de 1895, por la junta organizadora de esa asamblea.

Los poetas eran sostenidos ó subvenidos por el Estado, y tenían por ocupación componer los cantares laudatorios de los dioses, de los héroes y de la nación.

El Padre Sahagún y otros cronistas recogieron magníficos trozos de la oratoria azteca que aún conservamos, y que sería difuso copiar aquí.

Mencionaremos finalmente los divertimientos de los mexicanos, ya que aquellos suelen ser un buen criterio para juzgar de la civilización de un pueblo. Conocieron el teatro, si bien no en forma exactamente igual al nuestro. El teatro de Cholula era un cuadrilátero de treinta pies por lado, adornado profusamente con ramas, flores, plumas y aves disecadas. Después de comer acudía ahí el pueblo y se presentaban los actores á interpretar escenas bufas de racionales é irracionales, cuyas figuras tomaban. La representación terminaba en baile y era por demás curiosa y animada. Deploramos que la índole de este libro no permita una extensa descripción de ese interesante detalle de la vida mexicana.

Fueron los tenucha los más hábiles jugadores de pelota que jamás hayan existido. Había un edificio especial á que no raras veces concurría el monarca. La maravilla de este juego en aquella nación consistía en que los mexicanos daban el rebote á la pelota no con las manos sino con las nalgas, y de manera que la pelota, al rebotar, debía pasar por un agujero practicado en una piedra saliente y fijada en el

muro á bastante altura. La perfección en este juego era tan estimada, que á quien la alcanzaba se le tributaban grandes honores y casi divinos. Merece mencionarse también el juego del volador, que todavía se practica en los tívolis populares, aunque muy modificado.

Había en México un local destinado á esta diversión en el sitio que ocupó hasta hace muy poco el mercado conocido con el nombre de *El Volador*, al costado Sur de Palacio, donde acaba de construir el Ayuntamiento algunos edificios para casas de comercio. Plantaban los mexicanos en el suelo un tronco altísimo y desprovisto de ramas. En la extremidad superior montaban un cilindro de madera, giratorio, del cual pendían cuatro cuerdas, una en cada cuadrante, que sostenían un gran bastidor también de madera. En el intervalo, entre el cilindro y el bastidor, enredaban en el morillo otras cuatro cuerdas del mismo largo que el tronco, y las cuales se ensartaban por unos agujeros practicados en cada una de las barras del bastidor. Los voladores, vestidos de águila, ú otras aves de alto vuelo, subían hasta el cilindro donde bailaban por un rato con gran divertimento del público. Después los cuatro voladores se ataban en la cintura cada uno una de las cuerdas ensartadas en el bastidor, y que hasta ese momento estaban enrolladas en el tronco. En seguida lanzábanse con ímpetu al espacio, lo que comunicaba movimiento al cilindro y al bastidor. Se comprende que á medida que uno y otro giraban, se iban desarrollando las cuerdas, y los voladores describían una enorme espiral hasta llegar á tierra. Las vueltas que debían dar eran trece para representar los cuatro periodos de trece años de que se componía el siglo, pues todo entre los mexicanos era simbólico. Mientras los cuatro voladores daban vueltas, otro bailaba en la parte superior del cilindro, y otros, cuando se daba ya la última vuelta, se arrojaban desde el bastidor por la cuerda, para llegar al suelo más pronto que el volador, lo que obtenido, era muy celebrado por la multitud. Lo peligroso y atrevido de este juego da idea de la fuerza, agilidad y valor de aquella raza.

Practicaban también algunos juegos acrobáticos de bastante mérito. El conquistador Cortés envió á Roma dos mexicanos, los que en presencia de Clemente V y de muchos señores de la corte pontificia ejecutaron uno de esos juegos que consistía en que, acostado un hombre sobre la espalda, levantaba los pies y bailaba sobre ellos una gruesa viga, dándole multitud de vueltas con gran velocidad. En los extremos de la viga solían colocarse á horcajadas dos hombres, por manera que el acróbata sostenía un gran peso sobre las plantas de los pies, y lo movía como si fuera paja. El Pontífice y los circunstantes se mostraron maravillados de ese juego en Roma, es decir, en el país clásico de los ejercicios de fuerza.